

## MEDITACION.

*Cuanto se debe temer el estado de tibieza.*

PUNTO PRIMERO.— Considera que no hay estado de que sea mas dificultoso salir que del estado de tibieza. Para salir de un estado peligroso á la salvacion es preciso conocer, lo primero que efectivamente está el alma en aquel estado, y lo segundo su peligro. Pues esto es puntualmente lo que el alma tibia no conoce. El pecador que notoriamente está como anegado en los mayores desórdenes, sin dificultad conoce el lastimoso peligro en que vive. Hay ciertos momentos venturosos en que á favor del menor rayo de la gracia descubre en su pobre alma tan monstruosas deformidades, que él mismo es el primero en llorar su infelicidad; y esta humilde confesion, este saludable conocimiento hace menos dificultosa su conversion. Pero al alma tibia siempre le falta este socorro; porque nunca se persuade que está en el estado de la tibieza. Bien se puede decir que ya no está en él cuando comienza á conocerlo; porque este conocimiento siempre es hijo del fervor; y esto es justamente lo que hace tan dificultoso el que una alma tibia vuelva sobre sí. ¿Por donde se le ha de persuadir que está en este lamentable estado, si el primer efecto que causa la tibieza es la ceguedad? Como la tal alma solo se fué relajando poco á poco, tambien se fué poco á poco familiarizando con el pecado hasta que hizo costumbre de sus faltas, y en fin, llega á saborearse en ellas. En semejante estado nada la hace fuerza, y de nada desconfia. Nunca descubre en sí cosa nueva que la escandalice. Cáese en la tibieza sin omitir ninguno de los ejercicios espirituales acostumbrados; antes bien la tibieza, por lo comun, tiene su origen en aquellas imperfecciones que insensiblemente se van como resbalando en estos mismos ejercicios. Ocúltase uno á sí propio muchos defectos reales y verdaderos bajo la apariencia de una virtud superficial; y esto es lo que hace el mal casi incurable. El mismo Dios que hace tanto ruido para despertar la modorra del pecador, parece como que calla, y como que en cierta manera guarda el sueño al alma tibia, como si quisiera dejarla morir en su letargo. *Yo comenzaré á vomitarte poco á poco*, dice el mismo Dios. *Yo comenzaré*, como quien dice, no te vomitaré de golpe, sino poco á poco, sin ruido, sin estruendo, insensiblemente; de miedo (á nuestro modo de entender) de que no lo advierta el alma tibia; de suerte, que esta pobre alma se halla, digámoslo así, condenada y reprobada

sin conocerlo, sin ofrecérsela la menor desconfianza sobre el infeliz estado en que se ve. ¿Pues en qué se ha de fundar la esperanza de que querrá salir de él? Buen Dios, ¡hay en el mundo estado mas digno de temerse!

PUNTO SEGUNDO.— Considera que la desgracia de una alma tibia es tanto mayor cuanto en aquel lastimoso estado los consejos de los mayores amigos, las saludables advertencias de un prudente confesor, los avisos de un superior zeloso, los buenos ejemplos que se tienen á la vista, todo es mal recibido, llegando á tanto algunas veces esta insensibilidad y esta dureza, que parece estar el alma como encantada ó poseída. Nada la hace fuerza, nada la mueve, ni aun aquello mismo que atemoriza y aterriza á los mayores pecadores. Parece que está en ella apagada la fe y desterrada la razon, descubriéndose señales muy visibles de un funesto abandono de Dios, y como si dijéramos de su cierta infeliz reprobacion. Todos deben temer un estado tan infeliz; pero ningunos mas que los que exhortan á otros á la práctica de las virtudes que ellos no tienen. Estas personas son tan zelosas de la perfeccion de los demás, que saben reprenderlos admirablemente de las mas leves imperfecciones; caen, por lo comun, en la tibieza si no practican aquello mismo que enseñan, si no corrigen en sí las mismas ó semejantes imperfecciones, y si se dispensan á sí mismas en el ejercicio de aquellas virtudes que aconsejan. Se ha visto muchas veces á los mayores pecadores, dice S. Buenaventura, salir del atolladero de sus vicios, y hacer sincera penitencia; pero casi nunca se ve á una alma tibia salir de su desidia y de su lastimosa flojedad. Con efecto, ¿qué cosa puede hacer fuerza á una alma que por largo espacio de tiempo ha sabido componer el conocimiento de las verdades mas terribles de la religion con una continuada infidelidad? No, cierto, aquellas verdades espantosas; pues está ya acostumbrada á manejarlas sin que la hagan impresion: no los buenos ejemplos; pues se ha familiarizado tanto con ellos, que ni aun apenas los repara. ¡Pero, mi Dios, qué fuerza harán estas reflexiones á una alma que poco á poco se va consumiendo con la calenturilla lenta de la tibieza! Rara vez se sana de ella sino por un milagro de vuestra misericordia. Nunca conocerá su desdicha, si vos no se la haceis conocer; nunca se verá á sí misma en esta pintura, si vos no la decís interiormente que este es su verdadero retrato. Mas, ¿y de qué la servirá este conocimiento si no la dais una poderosa gracia para que salga de tan lastimoso estado? Concedédmela, Señor, por vuestra piedad, que resuelto estoy á no resistirla.

JACULATORIAS. — No me abandoneis, Señor, no me desampareis, pues solo en vos coloco toda la esperanza de mi salvacion. (*Psalm. 26.*)

Siento, mi Dios, no sé qué nuevo fervor dentro de mi corazón; encendédmele, avivádmele mas y mas. (*Psalm. 38.*)

### PROPOSITOS.

1 Al hombre tibio ordinariamente le concede Dios pocas gracias extraordinarias; porque es muy infiel aun á aquellas pocas que recibe. Sus faltas siempre son considerables por ir acompañadas de mayor menosprecio, de malicia mas voluntaria y de mas fea ingratitud que las de otros pecadores. La odiosa mezcla de bueno y malo de que se componen los colores que forman el retrato de una alma tibia, muestra bien lo injuriosa que es á Dios su mala conducta. En lo bueno aparente que hace acredita que no peca por olvido de Dios; pero la imperfeccion y la desidia con que hace aquello poco bueno convencen el bajo concepto, ó por mejor decir, el desprecio con que trata al mismo Dios, sirviéndole con tanto disgusto, con tanta indiferencia y con tanta frialdad. Por eso se puede decir que es recíproco este disgusto; ella está disgustada de Jesucristo, y Jesucristo está disgustado de ella. Así pues, no hay que admirarse de que esta especie de almas al acabar de comulgar estén tan prontas á reincidir en sus antiguas y acostumbradas faltas, como si no hubieran comulgado. Considera ahora el horror con que has de mirar este funesto estado, y cuánto le debes temer. Para concebir este saludable horror, y para desviarte mas de estado tan infeliz, siempre que vas á comenzar alguna buena obra, como la oracion, la misa, el rezo, piensa cómo lo debes hacer, para hacerlo con fervor.

2 Aunque la tibieza es tan gran mal, siempre nace de causa muy ligera. No se cae en él de golpe, ni cometiendo culpas graves, sino por estas que se llaman distracciones voluntarias, faltas comunes, pecados veniales de costumbre, descuido y negligencia en las obligaciones, etc. Sé, pues, atentísimo, cuidadosísimo en evitar las menores imperfecciones voluntarias; las faltas mas pequeñas que se cometen con plena deliberacion, llevan casi infaliblemente á la tibieza.